

El último señor del Dragón

Joanne Bertin

Traducción:
Carles Muñoz Miralles



Título original: *The Last Dragonlord*
Primera edición

© 1998 by Joanne Bertin, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNACIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-621-6 Depósito legal: B-30404-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para Sam, porque no se rió.

Con agradecimientos

A Eluki bes Shahaar, Shawna McCarthy y Jim Frenkel por todo lo que han hecho.

A los talleres de escritura de novelas de Judith Tarr, en Wesleyan, por sus consejos, su energía y su entusiasmo.

A la propia Judy, por aún más consejos, su generosa ayuda, sus broncas, que eran como un bate de béisbol virtual cuando lo necesitaba, y especialmente por su amistad.

Y la mayor de las gracias para Walter «Sam» Gailey, por su cariñoso apoyo, sus consejos, su pericia con los ordenadores y su paciencia durante y más allá de la llamada del deber. Sam, desde este momento estás nominado para la santidad.

Prólogo

La tormenta estaba cerca. El mago oyó retumbar los truenos, el viento en aumento que soplaba a través de las copas de los pinos. Cantando en voz baja, se arrodilló ante el altar de piedra y todo lo que había encima, cogió un cuenco de adivinación de plata y observó la escena que le desvelaba la tinta negra.

Vio la barca mecerse y cómo las primeras olas, pequeñas, rompían contra ella. Los pendones a proa y popa cobraron vida cuando el viento los alcanzó. Aunque no distinguía los colores, sabía que eran del regio tono escarlata. Las olas crecieron, las aguas del río Uildodd se oscurecieron y reflejaron el cielo plomizo que tenían encima.

Más... Un poco más...

¡Ahora!

Con movimientos rápidos, dejó el cuenco de plata y tomó un cuchillo con una mano. Con la otra, agarró el pelo del joven, atado y amordazado sobre el altar. Ignoró la mirada inundada de terror de los ojos del chico y, con una maniobra experta, sostuvo la cabeza contra el altar y rajó la expuesta garganta con el cuchillo. Seguía cantando mientras realizaba todo esto.

Recogió la sangre en un cuenco hecho de la misma roca que el altar, impasible mientras la sangre salpicaba sus dedos y los manchaba de rojo. Cuando el mortal torrente se agotó, hizo un gesto seco con la cabeza. Su sirviente retiró el cadáver del altar.

El encantamiento varió, se hizo más duro, más urgente. Abrió una pequeña caja que estaba al lado del cuenco. Primero sacó de ella un pedazo de madera, tallado como si fuese una barca, envuelto en una tela de seda escarlata. Tanto la madera como la seda se habían obtenido de la misma barca que había estado observando en el cuenco de adivinación. Los dejó flotar en la sangre.

Extrajo también una pequeña botella. De ella, vertió tres gotas de agua del río Uildodd sobre el cuenco. La sangre se encrespó, como si un diminuto viento soplase sobre ella.

Encima de ellos, el cielo se oscurecía a medida que la tormenta se acercaba y los truenos andaban sueltos por la tierra. En el cuenco, las olas se alzaban cada vez más

altas. El pedazo de madera, tallado bastamente, empezó a dar vueltas, como si una mano invisible lo hiciese zozobrar. El hombre observó con satisfacción que una de las diminutas olas, seguida por otras, empezó a romper contra la popa de la barca.

Alzó la voz, tejiendo la mágica sangre en una red de muerte. Poco a poco, alargó un dedo. Poco a poco, con un gozo infinito, presionó la madera e hizo que la parte trasera se hundiese. Con sus olas de miniatura, la sangre salpicó por todos lados mientras él seguía hundiendo el pequeño bote.

Desapareció. No volvió a la superficie. El cántico acabó con una nota de triunfo.

Se apartó del altar, consciente ahora de la repentina caída de las temperaturas.

—Límpialo—ordenó a su sirviente mientras se lavaba las ensangrentadas manos con un paño húmedo que le había ofrecido su hombre. Luego descendió la cuesta, hacia donde había dejado la túnica.

Cuando la recogió, cayó una cadena de plata. La cogió al vuelo y dejó que los pesados eslabones resbalasen entre sus dedos, un momento antes de colocársela.

Sonrió mientras toqueteaba la cadena. Pronto podría abandonarla para siempre.

Empezaron a caer las primeras gotas.

El dragón refulgió a la luz del crepúsculo, sus escamas destellaron mientras planeaba hacia el castillo que coronaba el pico de la montaña. Su vista se posó sobre un área amplia y plana que acababa en un precipicio, envuelta en las sombras que proyectaba la postrera luz. Con una ligera inclinación de sus poderosas alas, el dragón rojo giró, silencioso, bello, mortal, decidido, hacia su meta.

Aterrizó; las garras chocaron contra la piedra, un sonido seco en el aire cristalino. Una niebla roja le rodeó y el gran dragón se convirtió en un espectro; después la niebla se contrajo y desapareció, y dejó detrás la figura de un hombre alto.

Linden se apartó un mechón de pelo de los ojos, con la sangre aún revuelta por el largo vuelo y la magia del cambio. Cruzó la zona de aterrizaje, salpicada de sombras. Cuando llegó al primer escalón de la larga escalinata que subía hasta el alcázar del Dragón, oyó una voz anciana, pero aún clara y fuerte:

—Señor del Dragón.

Linden se detuvo y miró hacia arriba. Por encima de él, en las escaleras, había un *kir*, cuyo pelaje plateado reflejaba los últimos rayos de sol, sin ninguna expresión en la cara ni el hocico.

Sirl, el sirviente personal de la Dama que gobernaba el alcázar y a los señores del Dragón, le devolvió la mirada.

—La Dama os necesita —dijo el *kir*.

¿Por qué?, se preguntó Linden mientras levantaba una mano dando a entender que lo había oído. Subió las escaleras a grandes zancadas, sus largas piernas saltaban los peldaños de tres en tres. Había pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez que lo convocaran así.

Cuando Linden llegó al escalón donde esperaba Sirl, el *kir* le hizo una reverencia.

—Si me acompaña, señor del Dragón —dijo. Se dio la vuelta y condujo al preocupado Linden hacia el alcázar.

No se dirigieron ninguna palabra mientras caminaban por los pasillos de mármol blanco del alcázar del Dragón. El camino estaba iluminado por esferas de fuego frío, que flotaban en el aire por orden de algunos señores. Cuando por fin llegaron a las cámaras de la torre reservadas al gobernante del alcázar, Sirl abrió la puerta e indicó

a Linden que entrase. Este lo hizo, seguido de cerca por Sirl, que cerró de nuevo la puerta.

Unas esferas de fuego frío blanco también iluminaban esta habitación, que encendían los hilos dorados que atravesaban los tapices que cubrían las cinco paredes. Cuatro de ellos estaban repletos de dragones surcando cielos azules, crepúsculos, ríos de estrellas o picos de montañas. El quinto, incongruentemente, era una escena de caza: un ciervo, una jauría de perros ladrando y tres cazadores, todos congelados para siempre mientras cruzaban un bosque. ¿Era quizá un recordatorio de la vida de la Dama antes de que cambiase? Linden dudaba que llegase a saberlo. Era la única decoración de la sala, escasamente amueblada. Los pocos muebles que había parecían abandonados en el vacío.

La Dama estaba sentada en una silla de madera de respaldo alto. Sus largos dedos acunaban una copa de té, como si desease su calor. Bajo la fría luz, su aspecto era irreal. Incluso los pálidos ojos albinos con que le miraba parecían aún menos coloridos. Le hizo una seña para que se acercase.

Mientras cruzaba la sala, la estudió. Sabía que la Dama era muy joven, solo quince años, cuando había cambiado por primera vez. Los de su clase envejecían lentamente; ¿cuántos siglos había visto la Dama para que su cara mostrase ese delicado tapiz de arrugas? Él mismo, tras más de seis siglos, solo aparentaba veintiocho años.

Sin pensarlo, Linden acarició la marca de nacimiento de color vino que le cruzaba la sien y el párpado derechos. Era su marca, al igual que la frígida palidez de la Dama era la de ella. Él había odiado ese antojo hasta que descubrió su significado: él era uno de los hombres dragón, amos y sirvientes de la humanidad. Un señor del Dragón.

Linden se arrodilló ante la Dama. Con las manos colocadas sobre los muslos, se inclinó hasta que su frente casi tocó el suelo, el saludo de un miembro del clan Yerrin a su señor.

—¿Mi Dama? —dijo.

La Dama lo examinó durante un largo rato, y respondió:

—Sí, estaba en lo cierto. Tú serás el tercero.

Linden frunció ligeramente el ceño y aceptó una taza de té de Sirl. *¿Qué quiere decir con que...?*

Los recuerdos le volvieron a la mente y con ellos, la comprensión. Lleld, la más menuda de los señores del Dragón, había llegado tarde a desayunar esa mañana; balbuceaba noticias y suposiciones, más de estas últimas que de las primeras. Linden agradeció a los dioses que no hubiese aceptado la apuesta con que ella le había retado cuando se rió de sus ideas. A veces las alocadas predicciones de Lleld lograban hacerse reales, y él no deseaba perder ese broche de la capa en particular.

—Nunca has juzgado, ¿verdad, Linden? —Los largos dedos pálidos de la Dama golpeteaban la taza—. Quizá ya va siendo hora de que lo hagas, pequeño... —Se detuvo cuando él se sonrió—. ¡Diablo insolente, ya sabes a lo que me refiero! —le reprendió con una cariñosa sonrisa.

Linden ocultó su sonrisa bebiendo. Con casi dos metros de altura descalzo, superaba a casi todos los del alcázar del Dragón. La propia Dama apenas le llegaba

al pecho. Pero habiendo vivido poco más de seis siglos, era el señor del Dragón más joven, el «pequeño».

Y, muy a su pesar, posiblemente el último.

—Ya habrás escuchado que a primera hora de la mañana ha llegado un mensajero de Cassori, ¿verdad? —dijo ella.

—Lleld ha mencionado algo al respecto durante el desayuno —asintió Linden—; se lo había oído decir al servicio. ¿Es sobre la regencia? Creía que eso ya se había arreglado hace tiempo, y que se había demostrado que la muerte de la reina, ahogada, fue un accidente. ¿No se investigó?

—Sí, y no hubo motivos para sospechar. Ahora que el período de duelo ya ha pasado, todos pensábamos que el duque Beren sería confirmado como regente. Pero el mensajero nos ha contado que entonces llegó este reto. El consejo de Cassori se halla dividido: no pueden dirimir el asunto y muchos barones se están impacientando. Por fortuna, el mensajero llegó antes del Saethe, y fui a hablar con los veros dragones.

Claro; por la mañana, la Dama y el consejo de Dragones, el Saethe, habían ido a consultar a los veros dragones un asunto que cada vez preocupaba más a los señores. Desde su primer cambio, no había habido ningún nuevo señor del Dragón, ni tan siquiera el atisbo de uno. Eso explicaba las prisas de la Dama por escoger un nuevo juez, si Lleld tenía de nuevo razón.

—La mayor parte de la familia real de Cassori ha muerto, ¿verdad? —dijo en voz alta. Parecía como si la mala suerte persiguiese a ese reino; ya había visto antes cosas parecidas.

—Sí, todos excepto el pequeño, el príncipe Rann, y dos tíos: Peridaen, el que ha presentado el desafío, un príncipe de sangre, y el duque Beren, que tiene vínculos al trono de forma lateral.

Linden reflexionó sobre ello mientras sorbía el té. Se confirmaba otra de las suposiciones de Lleld.

—Así que el mensajero ha venido a pedir la opinión de los señores del Dragón —continuó. La Dama asintió y él sonrió—. Eso era lo que suponía Lleld. También predijo que enviaríamos a Kief y Tarlna como mediadores, ya que los dos son de Cassori y ya han realizado misiones parecidas.

—Lleld —dijo la Dama, con un tono exasperado— se pasa de lista. Algún día sus suposiciones serán incorrectas. Pero esta vez no lo son. Kief y Tarlna irán a Cassori. Y he decidido que tú también, como el tercer juez necesario. —La Dama depositó la taza vacía en la mesa baja que tenía a un lado de la silla. Sirl apareció y se la llevó.

Linden se esforzó cuidadosamente por no reflejar nada en su expresión. ¿Una misión con Tarlna, que cada vez que tenía ocasión le reprobaba por su falta de dignidad, según sus remilgados conceptos, que no se adecuaba a la de un señor del Dragón? Genial. Se preguntaba qué habría hecho para merecer eso.

De todos modos, realizar un juicio era uno de sus deberes como señor del Dragón. ¿Pero por qué cargar con él, que era nativo de Yerrin, y el más joven e inexperto? Era cierto que hablaba cassori, ya que el talento con los idiomas era algo que parecía

inherente a ser un señor. Pero había otros con mucha más experiencia en esos ámbitos. Seguramente sería preferible uno de ellos.

Se mordió la lengua.

—Os iréis los tres por la mañana. Como no hay tiempo que perder, cambiaréis y volaréis hasta Cassori. La corte aún no ha dejado la ciudad a causa del verano; los pretendientes os esperan en el gran palacio de Casna —sonrió la Dama—. Sé que preferirías montar en *Shan*, pero me temo que Cassori no puede esperar tanto.

—Con un gesto indicó a Linden que se alzase.

Él le ofreció su brazo y ella se levantó de la silla, y la acompañó hasta la puerta.

Se detuvieron en el portal del salón, y observaron el baile que empezaba cada noche después de la cena. La Dama se reclinó sobre el brazo de él, moviendo rítmicamente la cabeza, siguiendo la música.

—Dama, permitidme una pregunta... —empezó Linden—. ¿Por qué me habéis escogido? Entiendo lo de Kief y Tarlna, son de Cassori. Yo no lo soy. ¿Por qué? —Esperó mientras ella consideraba su respuesta.

—Por hacer caso a un presentimiento, pequeño —contestó por fin. Su alma gemela, Kelder, emergió de entre los bailarines y se acercó a ella, que le ofreció la mano.

Mientras Kelder la introducía en medio del baile, la Dama miró hacia atrás.

—Pero no sé si este asunto te necesita a ti —dijo—, o eres tú quien necesita este asunto.

Al ir hacia sus habitaciones, Linden se cruzó con Lleld, que venía en dirección opuesta.

—Hola, pequeño —dijo Lleld con una sonrisita cuando él se detuvo a hablarle.

—Te encanta poder llamarme así, ¿verdad? —respondió Linden, incapaz de evitar contestar con una sonrisa en la cara, mientras se alzaba como una torre al lado de ella. La marca de Lleld era su altura; la pequeña señor del Dragón no era más alta que un niño de unos diez años—. Esta noche no estabas en el baile.

—Ah, no, tenía otras cosas que hacer —contestó—. Dime... ¿tenía razón?

—En todo —asintió él.

—¡Maldición! —dijo, tras lanzar un suspiro de pesar—. Ojalá hubieses aceptado la apuesta.

—Ya he aprendido —le contestó secamente.

—Serás el tercer juez, ¿verdad? —ladeó la cabeza para mirarlo.

—Tienes razón de nuevo, maldito demonio pelirrojo —contestó riendo—, pero espero que no nos lleve mucho tiempo.

—O que no sea muy aburrido. Los debates sobre las regencias normalmente lo son, ¿sabes? —apuntó Lleld servicialmente—. Y a veces son necesarios varios años para llegar a una decisión. Qué lástima que esta no sea una de las historias de tu amigo Otter, ¿verdad? Sería mucho más interesante si fuese así.

Una de las historias de Otter... Solo le faltaba eso para completar la compañía de Tarlna. Linden le preguntó exasperado:

—¿Y qué te he hecho para que me desees esto, Doña Desastres?

—Oh, bueno —Lleld sonrió—, será mejor que me vaya. Se hace tarde. —Y dicho esto se marchó andando por el pasillo.

Linden continuó hasta sus habitaciones, sacudiendo la cabeza. Las cosas que se le ocurrían a Lleld... Y tenía un aspecto de lo más inocente cuando se fue.

Cuando entró en sus cámaras, encontró a Varn, su sirviente, acabando de prepararle las maletas. Sirl debía de haberlo avisado.

—Los chicos ya están durmiendo —le dijo Varn, mirándolo—. Se quedaron despiertos todo lo que pudieron para despedirse de usted, pero... —Sonrió y sacudió la cabeza.

—Diles que lo siento —contestó Linden. Y era cierto; estaba muy orgulloso de los hijos gemelos de su sirviente.

El *kir* de piel dorada se puso derecho después de haber abrochado la última hebilla de una bolsa de cuero.

—Echarán de menos las peleas de almohadas —comentó Varn con una sonrisa—. Pero creo que debo advertirle de que han sobornado a Lleld para que sea su aliada en la próxima gran batalla. Algo sobre pasteles de miel, creo.

—¿Han hecho eso, los muy demonios? —Linden sacudió la cabeza, entre risas—. Eso explica dónde estaba Lleld. Gracias por la advertencia. Pero bueno, no estaré fuera mucho tiempo.

—Eso espera —dijo Varn mientras colocaba la pequeña arpa de Linden en su funda de viaje.

Linden se sentó en la amplia baranda de piedra de su balcón. Detrás de él, la puerta abierta de su habitación, a unas diez de sus largas zancadas de distancia del balcón. Miraba la noche, saboreaba su frialdad, el aroma especiado de la *callitha*, que florecía de noche, le llegaba desde los pensiles que había debajo.

Varn había vuelto a su hogar junto a su mujer y sus hijos hacía mucho tiempo. Ahora solo le faltaba arreglar una cosa antes de dormir: uno de los comentarios de Lleld le había dado una idea. Cerró los ojos y Linden preparó su «llamada a los vientos», como decían los señores del Dragón.

Dejó volar el pensamiento, en busca de una mente en concreto. Notó una leve agitación, la noción del mar, el susurro del viento sobre una lona, un barco que se mecía suavemente. Le sorprendió tener que luchar para mantener el enlace; Otter estaba mucho más lejos de lo que Linden pensaba.

El vínculo se tambaleó, al límite de disolverse; la distancia era demasiado grande. Linden estuvo a punto de abandonar el intento cuando notó un súbito aumento de la energía.

¿Qué pasaba...? Fue entonces cuando se dio cuenta: su presa estaba a bordo de un barco. Esa ráfaga de poder mágico debía de significar que había cerca algunos tritones, la gente del mar, medio humanos medio pescados. A veces seguían un

barco durante días. De alguna forma, la magia de esos seres aumentaba la suya propia.

Se aprovechó de su buena suerte rápidamente. *¿Otter?, preguntó.*

Un estallido mudo de alegría seguido de: *¿Linden? ¿Eres tú, de veras?*

Linden sonrió. *Soy yo de verdad, viejo amigo. Me voy del alcázar del Dragón por la mañana.* Le contó al bardo todo lo que sabía rápidamente. *Me iré de aquí volando, con mi forma de dragón. Creía que después podríamos viajar juntos. Podría ir a por Shan y encontrarnos donde estés... o mejor, donde vayas.*

Otter respondió: *¿No te llevarás a Shan? ¿Ya le has dicho que lo vas a dejar? Ojalá pudiese verlo cuando lo hagas.*

Linden sonrió al pensar cómo se tomaría las noticias su semental de Llysanyin. *Prefería esperar hasta la mañana. Seguramente me morderá. ¿Adónde te diriges?*

Lo creas o no, contestó Otter, *también nos dirigimos a la gran ciudad de Casna.*

La voz mental de Otter estaba teñida de un débil sentimiento que Linden conocía bien. Iba a gastarle una broma a alguien. Preguntándose quién sería la víctima, inquirió:

¿Qué haces navegando?

Estos últimos meses estuve visitando a un pariente que ahora vive en Thalnia. Quizá lo recuerdes: es Halcón Rojo, el comerciante de lana. La mejor amiga de Cuervo, su hijo, es capitana de un carguero, una de los Erdon, la familia mercader de Thalnia. Le pedí poder ir con ella: me ha vuelto a picar el gusanillo de viajar. Y aceptó que la acompañase.

¿Halcón Rojo? ¿Cuervo? Linden pensó unos segundos. *¡Ah! Ya me acuerdo, sobre todo del pequeño: tenía el pelo rojo y le apasionaban los caballos.*

La risa de Otter le cosquilleó en la mente.

¿Pequeño? ¡El chico es casi tan alto como tú! Y aún sigue tan loco por los caballos, para desesperación de su padre. Qué lástima que no haya venido: vosotros dos os llevaríais muy bien.

Linden asintió, olvidando como siempre que Otter no podía verlo; sentía como si el bardo estuviese a su lado.

¿Y por qué vas a Casna?

Porque casualmente es el primer puerto norteño en el que se detendrá el Niebla del mar. Mi plan era llegar hasta el alcázar del Dragón para arrastrarte fuera y obligarte a viajar conmigo. Pobre Maurynna, cuando se lo dije se moría de ganas de acompañarme. Intentó hablar con su tío, el cabeza de su familia, para que le permitiese encargarse de las mercancías que viajan por tierra, pero no quería ni oír hablar de eso.

Linden se preguntaba quién era Maurynna, y después decidió que debía de tratarse de la capitana. Y por lo que sentía en la voz mental de Otter, ahora sabía quién se suponía que sería la víctima.

Otter... ¿qué maldad estás planificando?

No te preocupes, chiquillo. Y añadió, melancólicamente: *Dioses, ha pasado mucho tiempo...*

Linden suspiró. Había olvidado lo largos que eran los años para los veros humanos. Era parte de la magia de los señores del Dragón: quedaban atrapados fuera del tiempo hasta que la mitad dragón de su alma se despertaba, y los años pasaban con la velocidad de los días... a la vez una bendición y una maldición.

Se frotó las sienes. Incluso con la ayuda de la magia de los tritones, le empezaba a doler la cabeza. Dijo: *Kief y Tarlna también vienen*. Una breve oleada de tristeza le embargó. Esperaba que Otter no lo hubiese notado.

Tarlna, ¿eh? ¡Qué afortunado eres!, contestó Otter. *Maurynna estará muy complacida... ¡tres señores del Dragón en Casna!*

Linden alzó una ceja ante este comentario.

¿Eh?, fue todo lo que dijo, pero había todo un mundo de significados en eso. *¿Cuándo llegaréis a puerto?*

Creo que tardaremos alrededor de una diemana o así, pero no estoy seguro. Quizás antes: me han comentado que estamos haciendo un buen tiempo. Dejamos Assantik hace dos días, en busca de algo que Maurynna llama la Gran Corriente. Ah, Linden... ¿te puedo pedir un favor?

Aquí estaba su respuesta, pues. *Claro, ¿qué?*

¿Te importa que te la presente? ¡Estará encantada!

Oh, dioses. Seguro que se trataba de otra que buscaba tener a un señor del Dragón de amante como si se tratara de un trofeo. Deseó que no fuese de las que no paraban de parlotear. Pero era amiga de Otter, así que no podía rechazarla. *No... no me importa.*

Te advierto que eres uno de sus héroes. Desde siempre le han gustado las historias sobre los señores del Dragón... y sobre Bram y Rani, y la Guerra de Kelnethi. Para ella, será como un sueño hecho realidad. Chico, no eres un simple señor del Dragón... eres el descendiente de Bram, el que luchó junto a él y Rani.

Linden se encogió. Iba a ser peor de lo habitual.

Kief y Tarlna. Otter dudó un momento y luego añadió:

Lo siento, Linden, va a ser duro para ti, ¿no?

Linden inclinó la cabeza. En el alcázar del Dragón, aunque a su alrededor todos fuesen parejas de almas gemelas, de alguna forma podía ignorarlo. Cuando le resultaba demasiado pesado, podía escapar con sus amigos a los pueblos de los alrededores o montar a caballo por las montañas. Pero en Casna a los únicos que conocería serían a Kief y Tarlna. Y la suya era una de las relaciones más cercanas que había en el alcázar. Estar con ellos sería como estar echando constantemente sal sobre una herida. Quizás en Casna habría alguien que le ayudaría a olvidarlos en algún momento.

Debería haber imaginado que el bardo habría captado esa pequeña traición de la soledad, y no lo había olvidado. Buscó lo positivo en ello. *Bueno, al menos yo no soy quien está atado a Tarlna.*

Para elevar de nuevo los ánimos, le refirió a Otter lo que Lleid le había contado antes.

¿Ha dicho eso de veras? El bardo se rió. *Demonio. Ya tienes suficientes preocupaciones con Tarlna; no necesitas también un mago malvado.*

El mago, contestó Linden, podría ser preferible.

La energía que había estado apoyando su esfuerzo vacilaba; el grupo de tritones debía de estar disolviéndose. *Otter, no podré mantener el vínculo mucho más.*

Lo entiendo. ¿Te busco en el palacio en cuanto atraquemos? Allí me conocen; he tocado muchas veces para la reina Desia.

Sí, contestó Linden. *Adiós.*

Dejó que el contacto se desvaneciera, y gimió levemente a causa del dolor de cabeza que se le había instalado tras los ojos. El olor de las *callitha* en flor volvió a embargarle, especiado y relajante. Se quedó sentado, observando el cielo nocturno, durante mucho tiempo.

Nethuryn nunca supo quién había deslizado la nota bajo su puerta. Quizás había sido Joreda, que a veces podía ver la verdad en sus bastones de adivinación. Pero aunque fuese anónimo, llevaba el anillo de la verdad:

«El de ojos fríos envía su lobo para ti.»

Las manos de Nethuryn se sacudieron como si tuviese un ataque a medida que lo leía una y otra vez.

—Que los dioses me ayuden —rogó el viejo mago en un susurro. Parecía un salvaje en medio de sus cómodos aposentos.

Sabía quién le perseguía. Y lo que querían. Hasta sabía quién sería el «lobo».

—¡Miau! —Un gato blanco y negro se enredó entre sus piernas, reclamando su atención. Enfadado porque no recibió la habitual caricia, el gato golpeó el dobladillo de la túnica del anciano. El golpe devolvió al anciano a la realidad.

—Oh, *Merro*, precioso. Lo siento. Hemos sido muy felices aquí, y durante mucho tiempo, pero ahora... —Se tambaleó y se sujetó al respaldo de una silla—. Ahora tenemos que huir.

¿Pero había algún lugar donde poder esconderse y que no lo encontraran? Pelnar no era lo suficiente grande como para esconderse en ella, no de...

Desesperado, cayó al suelo. Quizá debería rendirse, era viejo, inútil, y su magia casi había desaparecido...

Merro le saltó a los brazos y ronroneó complacido. ¿Qué le pasaría a *Merro* si él moría? Nethuryn no dejaba de preguntárselo mientras la cabeza blanca y negra se refregaba contra su hombro.

El viejo mago respiró profundamente.

—Pues no se lo pondremos fácil, ¿de acuerdo? No, tendrá que cazarnos, si, tendrá que hacerlo. Tendrá que cazarnos a nosotros... y a eso.

Nethuryn dejó el gato en el suelo, se alzó de nuevo, torpemente, y se puso manos a la obra.

Linden apretó los dientes. Estaba decidido a no perder los estribos, por lo que ignoró a Tarlna y se dirigió hacia la ventana de la pequeña sala de reuniones.

En el exterior, Varn y el resto de sirvientes estaban trasladando los paquetes de los señores del Dragón que iban a partir hacia el borde de un precipicio lejano. Observó las pequeñas figuras avanzando por el camino. Contó de nuevo hasta diez; intentaba no desear que dejaran caer las maletas de Tarlna en el verde valle que se abría debajo de ellos.

—Por última vez, Tarlna —dijo entonces—, no me voy a poner los ropajes ceremoniales ahora. Cuando lleguemos a Cassori, de acuerdo, pero hoy no.

—Cualquiera pensaría que te avergüenzas de... —empezó ella, con la voz tensa por la exasperación.

—¡No me dan vergüenza los ropajes! —la detuvo Linden—. Ni mucho menos. ¡Pero, demonios, son muy incómodos!

Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró fijamente. Tarlna le devolvió la mirada. Permanecía en pie con los brazos en jarras, los ojos azules destellando, los rizos rubios por la espalda. Abrió los labios mientras un rayo le cruzaba la mirada.

Linden sabía que a Tarlna se le había ocurrido una respuesta especialmente mordaz, incluso para ella. Se lo jugó todo a una última carta. Con la mirada más inocente que pudo, dijo:

—¿Y si está lloviendo? La seda quedará destrozada.

Los ojos azules se estrecharon.

Linden se preguntaba si debía echar a correr. Si Tarlna descubría que estaba riéndose... y riéndose de ella...

—Tiene razón, querida. —La voz de Kief llegó desde el umbral—. Lleguemos primero allí. Dejemos las formalidades para más tarde. —Entró despacio a la cámara, sonriente—. ¿Verdad, Linden?

Linden refunfuñó, pero se mostró de acuerdo. Aunque el pequeño y esbelto Kief parecía más joven que él, en realidad era mucho mayor. Y como resultaba ser uno de los ancianos, Kief sería el líder de la delegación de Cassori.

Tarlina se dio la vuelta para observar a su alma gemela. Kief le sonrió y se encogió de hombros. Ella se aproximó a él.

Linden empezó a andar hacia la puerta.

—¿Por qué lo animas a que...? —empezó Tarlina con voz ominosamente suave, cuando Linden se deslizó fuera de la sala. Se dio prisa en poner la mayor distancia posible entre él y la inevitable explosión. Una vez fuera, exhaló un suspiro de alivio.

Recordó entonces que aún no le había contado a *Shan* que se iba. Miró de nuevo hacia el alcázar con añoranza.

Los establos de piedra eran fríos y oscuros, y dulces por el olor del heno recién cortado. Linden se detuvo un segundo para aspirar profundamente. Cerró los ojos: ese olor le traía tantos recuerdos de Bram y Rani. Sonrió levemente, abrió los ojos y siguió adelante. Se detuvo ante el compartimento de *Shan*. Estaba vacío.

—¡*Shan!* —le llamó.

Una gran cabeza negra apareció por el portal que daba al prado exterior. El semental relinchó a modo de saludo cuando entraba. Tenía las orejas volteadas hacia delante y una mirada inteligente e interrogante en sus ojos oscuros. Sacó la cabeza por encima de la puerta del compartimento para que se la rascase.

Linden lo hizo. *Dioses*, pensó. *Cree que vamos a dar un paseo*. Se aclaró la garganta.

—Mira, *Shan*... Hay un problema en Cassori...

Shan inclinó la cabeza. Las orejas se le movían adelante y atrás. Hizo un ruido sordo con el pecho y asintió.

—Hay un problema sobre la regencia, y soy uno de los jueces.

Shan relinchó. Le encantaba la idea de un viaje largo.

—Tengo que volar a Casna... —Linden retrocedió unos pasos—. Eso significa...

Saltó hacia atrás justo cuando la cabezota cargaba. El semental soltó una terrible dentellada y no alcanzó el hombro de Linden por poco.

—Lo siento, pero son órdenes de la Dama. Sabes que preferiría ir contigo...

Shan dio media vuelta y meneó la cola de forma insultante.

—¡No te atre...! —Linden miró la pila de estiércol fresco mientras *Shan* salía en estampida por el portalón del corral.

—¿Qué esperaba? —dijo una voz—. Si los señores del Dragón siguen insistiendo en montar llysanysins...

Linden se giró y encontró a Chailen, el jefe de cuadras, observándolo. La expresión del *kir* era seria.

—Y sepa que estará intratable hasta que vuelva —continuó Chailen—. Los mozos del establo consideran un castigo tener que limpiar su compartimento cada vez que se va sin él. —El *kir* suspiró—. Pero, demonios, evitar a *Shan* les va a mantener entretenidos... Había venido a decirle que Varn le buscaba. Está todo listo.

Linden cruzaba a grandes zancadas el bien delimitado sendero cuando vio una forma familiar que le esperó en lo alto de las escaleras de piedra que llevaban a la zona de aterrizaje.

—¿Has venido a ver cómo nos alzamos?

—He venido a ver los restos de ti que había dejado *Shan* —contestó Lleid, observándolo cuidadosamente—. Te has vuelto muy bueno esquivándolo, ¿verdad?

Linden rió; recordaba otras épocas en que no había sido tan rápido.

—Hoy soy yo quien tiene noticias para ti —dijo Linden—. ¿Te acuerdas de Otter? Cuando vuelva, lo traeré conmigo.

—¡Oh, perfecto! —Lleid batió palmas, encantada—. Siempre ha sido el mejor contando historias sobre magos malvados.

—Y esta no es una historia con magos —siguió Linden.

—Qué aburrido —se quejó Lleid—. A mi manera, la historia es mucho mejor.

Antes de que Linden pudiese contestar nada, una voz desde la zona de aterrizaje le reclamó.

—Debo irme. —Y siguió descendiendo la ancha escalinata de piedra.

—Déjame que te diga algo, pequeño... —le gritó ella—. Te apuesto mi daga con la empuñadura de cristal contra el broche de tu capa a que...

—¡No! —exclamó él, en respuesta—. ¡Con mi suerte, tendrías razón!

Lleid estalló en risas.

Linden siguió bajando, meneando la cabeza. ¡Lleid y sus ideas! Llegó a la zona de aterrizaje a tiempo para ver a Kief acercarse hasta el mismo borde del precipicio.

La brisa que llegaba del valle apartaba el precioso pelo marrón de la cara del menudo señor del Dragón. Kief se agachó, ajustó las correas que sujetaban los bártulos de viaje y dijo algo que Linden no pudo escuchar al sirviente *kir* que tenía detrás. El sirviente se alejó corriendo.

Kief alzó la mano, que tenía seis dedos, y cerró los ojos. El rostro se le cubrió con una expresión embelesada. El aire a su alrededor brilló. Se formó una bruma roja; el contorno de su figura se agitó, se fundió. La bruma se expandió, se oscureció, se convirtió en un dragón fantasmal.

Un latido después un dragón marrón permanecía agazapado al borde del precipicio. Estiró una pata con seis garras, las cerró sobre las sólidas correas de cuero que aguantaban el equipaje. Kief se lo acercó, lo colocó entre las patas delanteras y saltó al vacío. Extendió las alas para aprovechar la fuerza del viento y se alzó trazando una espiral.

Los sirvientes llegaron corriendo con las pertenencias de Tarlna. Cuando se hubieron ido, tomó cojeando el sitio de Kief. Se detuvo para observar a su alma gemela volando por encima de ella.

Linden también miró hacia arriba. El dragón marrón se mantenía en el cielo, sin mover las alas, planeando en círculos perezosos mientras esperaba a los otros.

—Buena suerte, Linden. —La voz de la Dama le llegó desde atrás. Una voz más profunda le hizo eco. Linden miró tras él.

La Dama y Kelder estaban juntos. Ella se apoyaba sobre el brazo de su alma gemela, con la cabeza ladeada hacia un lado.

—Siento que hay algo que debes hacer respecto a todo este asunto, Linden, pero no sé qué es... Desearía...

Un sonoro chillido la interrumpió. Observaron cómo Tarlna, ahora un dragón de color amarillo pálido, saltaba por el precipicio. Varn y otros *kir* llevaron el equipaje de Linden.

—Ve, pequeño —habló de nuevo la Dama—. Una vez más, buena suerte. Y mantén los ojos bien abiertos.

Linden corrió a colocarse en su sitio al borde del barranco. Varn le ayudó a preparar los paquetes. Le chocó rápidamente la mano, le deseó buena suerte y Varn se alejó. A Linden le hizo gracia que todos se apartasen mucho más que antes.

Pero, por favor, si no soy tan grande, pensó.

Vació la mente, se liberó de todos sus pensamientos para saborear el cambio. Sintió que el cuerpo y la mente se fundían y fluían. Durante unos segundos no tuvo peso, no fue nada más que un soplo de aire, una brizna de hierba que podía ser arrastrada por la brisa. Si algo le distraía en esos momentos, o si algo de hierro atravesaba la niebla, estaba perdido.

Una sensación de terror le dominó, una vieja y familiar amiga, un poco de emoción añadida a la maravilla que era el cambio.

Después, como siempre tan rápido que no podría señalar el exacto momento en que sucedía, la terrorífica sensación se desvanecía y era sólido de nuevo.

Estiró el cuello a su alrededor. Quizá sí que era muy grande, después de todo; cubría casi el doble de espacio que los otros. La piel escamada, la marca de color rojo vino, brillaban bajo el sol. Agarró el equipaje con las garras y abrió la boca, saboreando el aire. El viento le llamaba: saltó para reunirse con él.

La sensación sedosa, sensual, del aire llenándole las alas le colmaba de placer. Con unos simples y poderosos movimientos llegó a la misma corriente que transportaba a Kief y a Tarlna. Se alzó hacia el sol de verano. El aire era cálido, y tenía gusto de miel y vino, según sus sentidos de dragón. Volvió la cabeza y rugió.

Kief y Tarlna unieron sus voces a la de Linden. Su armonía ocupó el aire, y los picos de las montañas les devolvieron su eco mientras giraban en el cielo y se dirigían hacia el sur.

Maurynna sacudió la cabeza para despejarse al salir del camarote. La noche anterior había tenido un sueño de lo más extraño: era una pena que se hubiese desvanecido al despertar y que solo hubiesen quedado vagos retazos que también desaparecieron, aunque ella intentó retenerlos.

Respiró profundamente: el aire por la mañana temprano era fresco, y estaba salpicado por un toque de sal. Esta hora del día había sido siempre su favorita. Y ahora que era la capitana de su propio barco, tenía un nuevo sabor.

Miró hacia los anchos brazaletes de oro que cubrían sus dos muñecas y que indicaban su rango. Aún no acababa de creérselo. De primer oficial a capitán en poco menos de dos años; nunca había imaginado que sucedería tan rápido.

Ya había realizado tres viajes sola, pero no eran suficientes para apagar el entusiasmo que le suponía su nuevo cargo. A veces se despertaba en medio de la noche pensando que el regalo de tío Kesselandt, el *Niebla del mar* y una pequeña participación en los negocios familiares, no había sido más que un sueño. Entonces lo recordaba y se dormía de nuevo, resplandeciendo con una cálida felicidad.

El viento jugueteaba con el largo pelo negro de Maurynna y le caía sobre la cara. Se lo apartó, saludó a los marineros que estaban sobre cubierta e hizo señas con la mano a los que trabajaban en las jarcias. Del palo mayor, muy por encima de la cubierta, el pendón de Erdon ondeaba al viento: un delfín saltando en un mar de seda verde.

—¿Todo bien, maese Remon? —preguntó al primer oficial al llegar al alcázar.

Remon la miró por encima de la barandilla, con una mano todavía sobre el timón.

—Sí, capitán. Kara me ha informado de que la noche ha sido tranquila, y el viento enérgico. Si sigue así, llegaremos a Cassori unos días antes de lo previsto.

—Gracias, maese Remon. Espero que continúe igual de bien.

Maurynna siguió a lo largo de la cubierta, entrecerrando los ojos a causa del sol que caía a través del arco de estribor, complacida con el mundo. Por el momento, ese viaje comercial estaba yendo estupendamente. Y si la primera mitad era un augurio del resto, le habría ido de veras bien. Allí quedarían las protestas de los socios más viejos de que con solo diecinueve años, casi veinte, se corrigió, era demasiado joven para tamaña responsabilidad.

Estuvo a punto de brincar de alegría, pero después recordó que eso no casaba con la dignidad de un capitán. En lugar de eso, se reclinó sobre la barandilla de madera pulida y canturreó.

Se abrió la puerta del camarote de Otter. El bardo yerrin salió bostezando. Una sonrisa le cruzó la cara cuando la vio.

—Has dormido hasta tarde esta mañana —le dijo ella cuando Otter llegó a su altura—. ¿Acaso no descansaste bien anoche? Si te acostaste antes que yo...

—Estuve hablando con un amigo hasta tarde —contestó Otter—, y tuve problemas para volver a conciliar el sueño. —La sonrisa se hizo más ancha.

—¿Con quién? —preguntó Mauryнна, curiosa—. ¿Con Remon? —añadió, aunque ya sabía que no era así mientras lo decía. Había una razón por la que el primer oficial nunca se acostaba tarde: tenía que levantarse al alba para tomar el timón. Y la sonrisa de Otter indicaba que se trataba de alguien completamente diferente.

—Bonita mañana —comentó él, mirando a su alrededor—. Creo que pasearé un poco por cubierta.

—No, si no me lo cuentas. —Mauryнна se apartó de la baranda para cortarle el paso. Tiró de la gris barba del bardo—. Me estás tomando el pelo... lo sé. Siempre tienes esa mirada... ¡Suéltalo!

—Me duele lo que me dices, Rynna —replicó, con aspecto de ofendido—. Me conoces desde que eras una niña y...

—Exacto, te conozco... ¡Otter!

El bardo se apoyó sobre la barandilla, miró hacia las olas y rió. Mauryнна se puso de espaldas al viento. Sabía que podía vencer a Otter esperando.

Detrás de ella, la tripulación desplegó otra vela, con una canción de gusto dudoso en los labios para marcar los tempos. Los chasquidos de las cuerdas y el sonido de la lona formaban parte de la melodía.

Con la última nota de la tripulación, Mauryнна miró por encima del hombro para comprobar cómo se hinchaba el vientre de la vela de color azul añil al atrapar el refrescante viento. El *Niebla del mar* dio un salto por encima de las olas. Otter se agarró a la baranda. Mauryнна se balanceó con el movimiento de la nave e hizo ver que no lo había notado.

—Bueno... —dijo—, ¿quién era tu misterioso amigo?

—Cuando estábamos en Assantik —Otter relajó el apretón, que le había dejado los nudillos blancos, y contestó—, ¿te acuerdas de aquel capitán que nos contó que la reina de Cassori había muerto?

—Ah, te refieres a Gajji. Pero esas noticias son viejas, ya: Gajji estuvo en Cassori hace mucho. Lo de esa barcaza de placer zozobrando en una tormenta fue una tragedia, ¿pero qué relación guarda eso con tu amigo?

—Pues mucha, de hecho —sonrió Otter, esperando evidentemente que ella le suplicase que siguiese adelante. Pero esta no se rindió, por lo que el bardo inclinó la cabeza de forma paternal, con los ojos brillantes, traviesos—. Lo descubrirás cuando lleguemos a Casna.

Ante el grito de protesta de ella, Otter levantó una mano admonitoria.

—Cuanto más me amenaces con pasarme por debajo de la quilla, más tardaré en contártelo. *Mm...* de todas formas, creo que debería esperar hasta tu cumpleaños.

La curiosidad frustrada de Maurynna casi la ahogaba. ¡Maldito fuese Otter! Sabía que no indagaría entre la tripulación para saber con quién había estado hablando; su imagen como capitán se vería mermada. Todavía era demasiado novata como para que le importase la dignidad.

—Tú... tú... ¡Bah! No sé por qué acepté llevar a bordo a un bardo de Yerrin tan intolerable, problemático, molesto y de veras detestable... —Estiró los dedos para arrancarle la barba a Otter pelo a pelo.

Pero el bardo conocía cada pensamiento que le cruzaba la mente como si pudiese leérsela. Ella lo vio en sus chispeantes ojos. Le soltó algo fuerte en *assantikkan*, y se largó, sintiéndose un poco mejor.

Otter volvió a apoyarse en la barandilla y rió.

No, ella no indagaría. Pero mantendría los oídos bien alerta por si oía a alguno de los marineros comentar algo sobre la conversación.

De todas formas, aún la intrigaba. ¿Con qué miembro de la tripulación podía haber estado hablando Otter? ¿Qué habían oído en el puerto que ella no? ¿Y por qué le importaba a ese marinero lo que sucedía en Cassori? Subió hasta el alcázar y dejó que el limpio aire salino se llevase su enfado.

Bueno, se consoló, sea cual sea la sorpresa de Otter esta vez, valdrá la pena esperar. Siempre vale la pena. Pero ¿tiene que burlarse tanto con ello?

El campo en las afueras de Casna estaba atestado de gente que esperaba la llegada de los señores del Dragón. Se aglomeraban detrás de la línea de guardias de palacio, vestidos de escarlata, que mantenían despejada una amplia sección del césped. Los tabardos de los guardias destacaban como gotas de sangre sobre el verde de la hierba. Al quieto y caliente aire, se alzaban banderas por aquí y por allí, por encima del gentío, con sus tonos dorados, escarlatas y azules, que colgaban lacias. Gentes de todo tipo se empujaban y se gritaban unos a otros. Los vendedores de vino, que se abrían paso con los hombros entre la muchedumbre, hacían un buen negocio. Parecía como si toda la ciudad hubiese venido a ver a los legendarios señores del Dragón.

Kas Althume se hallaba bajo el baldaquín del príncipe Peridaen, aprovechando la sombra. Gracias a los dioses que su papel como senescal de las tierras y las posesiones del príncipe le permitía estas comodidades; no tenía ninguna gana de unirse a las sudorosas masas que aguantaban al sol. E incluso le irritaba no poder sentarse en público junto al príncipe. Permanecer de pie, como ahora, hacía que le picase una antigua herida en el muslo. Se lo rascó suavemente.

—¿Te vuelve a molestar la pierna? —preguntó el príncipe.

—Mi pierna no importa —contestó Althume, quitándole importancia—. Esto sí. Mire a todos esos locos —continuó, con un tono desdeñoso. Se acercó más a Peridaen—. Podría ser hasta una feria. Mire lo impacientes que se muestran por dar la bienvenida a quienes los han estado sujetando durante tantos siglos... y se sienten contentos de hacerlo.

—Ellos no me interesan —respondió Peridaen, indiferente—. Si la Fraternidad se sale con la suya, el fin empezará aquí, y los señores del Dragón dejarán de interferir en los asuntos de los veros humanos de una vez por todas. ¿Crees que tu hombre ya habrá llegado a Pelnar?

—¿Pol? Se fue el día que tuvimos la seguridad de que se apelaría a los señores del Dragón. Si no ha tenido ningún imprevisto, pronto llegará allí. Dar con lo que necesitamos le puede llevar algo de tiempo —dijo Althume—. Han pasado años desde la última vez que supe de Nethuryr...

—Kas —les interrumpió Anstella, la baronesa de Colrane, sentada a la derecha de Peridaen—, cuando vuelva, ¿crees que podrás soltar...?

—Silencio, Anstella —le ordenó Peridaen.

—No me hagas callar, Peridaen. —Ella sacudió la cabeza—. No soy una niña. Los sirvientes están demasiado lejos para oírnos... y tampoco podrían hacerlo, con toda esta algarabía.

—Un vero humano no podría, tienes razón —comentó Althume—. Pero ¿pueden los señores del Dragón leer los pensamientos, sentir las intenciones? ¿Y desde dónde? Recuerda que esta es una de las muchas cosas que desconocemos de ellos. Aleja todos nuestros asuntos de tu mente si puedes.

Anstella inclinó la cabeza, reconociendo que tenía razón.

Althume miró detrás de ella, hacia otro baldaquín cercano que cobijaba a algunos jóvenes de la nobleza. Una chica le llamó la atención. Sus rasgos y sus formas eran delicados, y tenía el mismo pelo castaño rojizo que la baronesa. A diferencia de esta, que lo llevaba peinado con el intrincado moño típico de las viudas, el pelo de la joven le caía libre sobre la espalda. Parecía aburrída. El labio se le torció con desdén mientras escuchaba a las otras chicas, que charlaban con voces llenas de excitación.

Pero las manos negaban ese aparente distanciamiento, ya que sus dedos juguetaban incesantemente con los anillos que los adornaban. Althume suponía que se encontraba tan nerviosa como el resto.

—Veo que Sherrine no se deja vencer por el entusiasmo —comentó, mientras sorbía un poco de vino de especias de un cáliz de plata grabada.

—Ella sabe lo que es correcto, no como ese atajo de cabezas huecas —explicó Anstella con un movimiento de cabeza—. Le he enseñado bien. Creo sin duda que esperan poder conquistar a uno de esos señores del Dragón.

Así que la baronesa no había captado su sarcasmo; tampoco esperaba que lo hiciese. Muchas veces, demasiadas, Anstella solo oía y veía lo que le interesaba. A pesar de su dedicación, la estrechez de mente de Anstella limitaba su utilidad para la Fraternidad. Era una lástima que Peridaen la hubiese aceptado.

—¿Y si los jueces son mujeres? —intervino Peridaen—. ¡Habrás tantas lágrimas de desilusión! Suspiró y se llevó la mano al corazón, con un movimiento exagerado que sacudió el gran colgante de amatista que siempre llevaba. Centelleó bajo la luz del sol como si se tratase de fuego violeta.

—Incluso así, vendrán señores del Dragón machos —siguió Althume, tras una leve sonrisa—. Según me han dicho, prefieren no separarse de sus almas gemelas, y los jueces traerán a las suyas consigo, sin duda. Nos podrían caer encima hasta seis señores del Dragón.

—Dioses —replicó la baronesa, con la voz cargada de disgusto—, ¿tantos? —Su labio se torció tanto como el de su hija.

—Cálmate, mi señora. Lo más seguro es que solo vengan cuatro. Apuesto a que dos de los jueces serán una pareja de almas gemelas; el cuarto simplemente acompañará al tercer juez —explicó Althume.

—Así que esas tontitas aún tendrán una oportunidad —dijo Peridaen, mesándose la barba.

—No creo. Se dice que un señor del Dragón que ya tenga un alma gemela es inmune a la seducción. —Althume bebió de nuevo.

—Lástima; eso podría haber creado un poco de disensión en sus filas. —Peridaen se removió en su trono. Hizo una seña a un paje que llevaba una bandeja de confites. El chico se apresuró a obedecerle y el príncipe escogió uno. El paje ofreció la bandeja a los otros dos y volvió a alejarse, para evitar escucharles.

—Bien entrenado —señaló Althume.

—Siempre insisto en ello —comentó Peridaen mientras echaba un nuevo vistazo al campo—. *Hmmm...* Es una lástima que ni siquiera tu magia pueda crear un filtro de amor que encante a un señor del Dragón. Maldición, lo olvidaba. Como no sabemos si pueden sentir la magia, has tenido que dejar de... ¡Demonios! Rann está correteando. Si lo hace, nadie creerá que está enfermo. ¿Kas?

Irritado por el desaire de Peridaen, Althume estiró el cuello para llegar a ver al otro lado del campo el pabellón de la duquesa Alinya, la regente temporal de Cassori. Vio al joven príncipe dar brincos junto a su lebrél.

—Me ocuparé de que le sirvan más poción. No debe de haber tomado su dosis esta mañana. No volverá a suceder.

—Aún no me puedo creer que Desia firmase esa orden... —dijo irritado Peridaen, después de gruñir.

—¿Realmente no tenías ni idea de que nombraría regente a Beren si había una emergencia? —preguntó Althume.

—Ni la más remota idea. Ha sido la sorpresa más desagradable que he tenido en mucho tiempo —contestó Peridaen, con el ceño fruncido.

Althume hizo caso omiso del comentario. Había sido un revés, cierto, pero había aprovechado la oportunidad para poner en marcha un plan todavía más ambicioso. Uno siempre tiene que estar preparado.

Un grito entre el gentío le hizo mirar hacia arriba. La gente se movía, algunos de ellos chillaban de entusiasmo, y todos señalaban el cielo, hacia el norte. Hizo visera con la mano. Un segundo después pudo distinguir tres puntos sobre el cielo azul. Buscó más, pero no pudo encontrarlos.

—Creía que habías dicho que, como mínimo, serían cuatro —dijo Anstella. Althume no podía decir si estaba decepcionada o contenta.

No contestó. En lugar de eso, observó cómo se acercaban los dragones, y empezó a pensar.

Dos dragones, uno marrón y el otro amarillo, volaban juntos. Aunque parecían grandes a los ojos de los humanos, quedaban empequeñecidos a la sombra del dragón rojo oscuro que venía detrás. Las escamas titilaron bajo la luz del sol. Los tres volaron en círculo sobre la muchedumbre, gráciles como golondrinas, y eclipsaron momentáneamente el sol.

Althume pudo notar el viento que generaban sus poderosas alas cuando las sombras se deslizaron por encima de él. Por todo el campo, las banderas se alzaron con la repentina brisa, y cayeron otra vez, inertes, en cuanto los dragones pasaron de largo. La gente gritaba y se agachaba, aunque los dragones estaban muy arriba. Al final, aterrizaron sobre la hierba, alejados del gentío.